

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL EMBAJADOR DE ESPAÑA, EL EXCMO. SR. D. FERNANDO PERPIÑÀ ROBERT CON OCASIÓN DE LA INAUGURACIÓN DEL COLOQUIO INTERNACIONAL SOBRE EL 98

(SZEGED, 16 DE OCTUBRE DE 1998)

Señor Vicerrector, Señor Subsecretario de Estado, Señores profesores y amigos, estudiantes e interesados en la cultura española, señoras y señores.

Quiero expresar en primer lugar mi satisfacción por estar presente en la inauguración de este coloquio sobre el 98 en esta bella ciudad de Szeged, y quiero agradecer a los profesores Scholz y Csejtei de las Universidades de Budapest y de Szeged por haberlo hecho posible, con el apoyo del Ministerio Húngaro de Cultura, el Instituto Cervantes de Viena y la Embajada de España. Aún recuerdo el encuentro primero que tuvimos en la Embajada de España con los profesores Scholz y Csejtei, cuando empezamos a estudiar la posibilidad de llevar a la práctica una idea que entonces parecía un sueño y ahora es una brillante realidad.

Estoy seguro de que la presencia de tan destacados especialistas húngaros y españoles nos permitirá obtener una visión actualizada de lo que fue aquel trascendental momento histórico español, de sus precedentes y de sus consecuencias en la vida española en las vertientes política, económica, social y cultural.

Nada más lejos de mi intención que tratar de ponerme en un mismo plano con estas breves palabras al de tan ilustres especialistas en los diferentes aspectos del 98, como los reunidos hoy aquí. Solo quisiera hacer un breve comentario sobre las coordenadas histórico-diplomáticas del escenario internacional de ese período en relación con España.

A partir de mediados del siglo XIX aparece con fuerza un imperialismo colonial, protagonizado por unas grandes potencias que experimentan un fuerte crecimiento económico y financiero y llevan a cabo una expansión colonial a escala planetaria. Ello se ve favorecido por un gran crecimiento demográfico y especialmente de la población urbana. Las grandes potencias acumulan más y más poder, rivalizan tanto en Europa como en el mundo y desarrollan sus Fuerzas Armadas, sobre todo navales. Paul Kennedy recuerda en su libro "El auge y decadencia de las grandes potencias" las palabras de Chamberlain en 1897 sobre la tendencia a la concentración de poder

en manos de las grandes potencias de entonces, de modo que los estados menores parecían caer en un papel secundario y subordinado.

Especialmente a partir de 1870, Estados Unidos completa la ocupación de su territorio y protagoniza una colosal expansión económica, convirtiéndose en la mayor potencia económica del globo. Este es sin duda el hecho decisivo en el equilibrio internacional de poderes a fines de siglo. Pero paralelamente La Alemania unificada se transforma en la gran potencia industrial de Europa; muy cerca de ella Inglaterra que seguirá dominando los mares y el comercio internacional; y a cierta distancia Francia. Rusia, por su parte, extenderá su imperio hasta el Pacífico y acabará tropezando con Japón, que sale de su letargo, industrializándose y reforzando su ejército.

En 1870 se produce, además, un cambio en la opinión pública europea. Se pasa de un clima anticolonialista, que se había nutrido del auge del nacionalismo, a otro favorable al colonialismo. La búsqueda de nuevos mercados para la inversión de capitales acumulados en el proceso de crecimiento de la segunda ola industrial será el gran motor de la expansión colonial.

Estados Unidos, con su gran pujanza financiera, compra Alaska y aumenta su influencia en Centroamérica. En la doctrina Monroe, en la propaganda sobre "El destino manifiesto", y en el concepto de Roosvelt sobre la responsabilidad de Estados Unidos en los territorios americanos que no sean capaces de gobernarse a sí mismos, encuentra Washington el substrato ideológico para un sistema bien rodado: promover inversiones para ayudar al crecimiento, especialmente en Centroamérica, y luego exigir el derecho a proteger esas inversiones de los vaivenes políticos. En el caso de Cuba y Filipinas se les sirve todo en bandeja: hay inversión americana y hay agitación política contra la metrópolis.

¿Como es en cambio la situación de España en ese contexto internacional?. Con la Restauración aumenta la estabilidad política y se produce un crecimiento económico, pero muy distante del logrado por las grandes potencias. La población no llega a 20 millones de habitantes en 1900 (la mitad de la francesa o la inglesa) y el 70 por ciento es rural, Cataluña y el País Vasco se industrializan, pero el país depende mucho de las importaciones de productos industriales, de maquinaria y de capitales de las grandes potencias. A pesar de planes existentes en la última década del XIX para modernizar y ampliar la Armada, ésta apenas se refuerza, al contrario de lo que sucede con las potencias europeas y Estados Unidos.

España entra en la era de esta nueva expansión colonial con una economía débil y la necesidad de mantener sus colonias para financiar la metrópoli. Claro contraste con las grandes potencias, que buscan nuevos mercados para invertir su superávit de capitales.

La España de la restauración despierta simpatías en Bismarck, pero nuestro país no consigue integrarse realmente en el sistema de alianzas, pues desde 1815 se la considera una potencia de segundo orden. El acuerdo con Alemania y con la Triple Alianza de 1877, a través de Italia (mantenidos secretos por temor a una opinión

publica contraria a acuerdos que puedan involucrarnos en conflictos ajenos) son muy vagos y no ofrecen a España ninguna garantía. En el inevitable enfrentamiento con los intereses y designios americanos, España no tiene aliados. Inglaterra, la única potencia que habría podido poner coto a Estados Unidos en el Caribe o el Pacífico, está demasiado ocupada con sus colonias africanas y asiáticas e irritada por la posición de España en Marruecos.

Sin una alianza sólida – a diferencia de Portugal con Inglaterra – una potencia menguante como España no podía defender sus colonias frente a un coloso en plena expansión económica y política. España es entonces, como ha escrito el Profesor García de Cortázar, “una nación desorientada que se concentra sobre sí misma”.

Transcurridos cien años, después de atravesar gran parte de nuestro siglo en un clima de inestabilidad política, violencia recurrente, subdesarrollo, dictadura y aislamiento, desde 1976 España ha sido – sin falsos triunfalismos – uno de los éxitos políticos y económicos de Europa. Ha implantado sólidamente la democracia y un auténtico estado de las autonomías; ha desarrollado espectacularmente su economía y se ha integrado de pleno derecho en todas las Instituciones políticas, económicas y de seguridad que tienen la palabra, aunque no tan sólida y coherente como desearíamos en los asuntos mundiales.

A diferencia de la España del 98, cuya renta per cápita era menos de la mitad de la francesa, hoy alcanza el 80% de la media de la Unión Europea y sus reservas de divisas están entre las más altas del mundo. España se ha convertido en un exportador de capital que ha vuelto a Latinoamérica como uno de los grandes inversores.

Al hablar de Hispanoamérica yo quisiera referirme aquí a la polémica que se suscitó cuando España se integró en las entonces Comunidades Europeas sobre si su nueva dimensión europea podría llevarla como consecuencia a olvidarse de Hispanoamérica. Pues bien, la respuesta es un rotundo no: España no se puede alejar de Iberoamérica, porque ello supondría alejarse de sí misma. España no se puede desentender de Iberoamérica, porque no se puede entender sin Iberoamérica.

Permítanme por último decirles que este coloquio que hoy se inicia con motivo del Centenario del 98 español, tiene para mí una importancia adicional, que consiste en demostrar el interés que tiene para mi país el estrechamiento de las relaciones culturales con Hungría. Hungría está en la antesala de su incorporación a las estructuras euroatlánticas y España acoge esta perspectiva con enorme satisfacción y afecto. Pronto Hungría formará parte de este gran proyecto de construcción europea, que sin duda es mucho más que una unión económica, monetaria e incluso política. La Europa que todos queremos es una Europa de la cultura y una Europa de los ciudadanos. Encuentros como los que hoy se inauguran son esenciales para un mayor conocimiento entre nuestros pueblos, entre nuestras culturas y entre nuestra historia que permita hacer realidad esta Europa en que todos soñamos.